

# Capilla en un Colegio Mayor

Arquitecto: José Luis Fernández del Amo.

Esta es la Capilla de un Colegio Mayor situado en la Ciudad Universitaria, en el que hacen los grados de Teología aquellos sacerdotes que van a cumplir su ministerio en Hispanoamérica.

Se trata, por tanto, de un templo que tiene un destino particular, aunque abierto al público, relacionado con los pabellones residenciales y docentes, y en el que se ha de realizar la acción litúrgica con un sentido de formación para los colegiales.

Dentro de la limitación de su objeto, se ha concebido por esta razón, con un carácter ejemplar reduciendo sus elementos a la más simple constitución de un ámbito para el más puro desarrollo de las funciones del culto. Con una rigurosa medida de lo imprescindible, ya de acuerdo con el espíritu de una liturgia reformada hacia los orígenes, sin que nada suntuario, ni de ornamento o de afección sentimental distraiga su aplicación categórica.

Sin que el símbolo o la imagen o la representación den apoyo a valores subjetivos de la piedad o desvirtúen la sola intención de crear un recinto para el ágape participado. La liturgia de la palabra, la liturgia sacrificial y el coro, vividos comunitariamente en el culto.

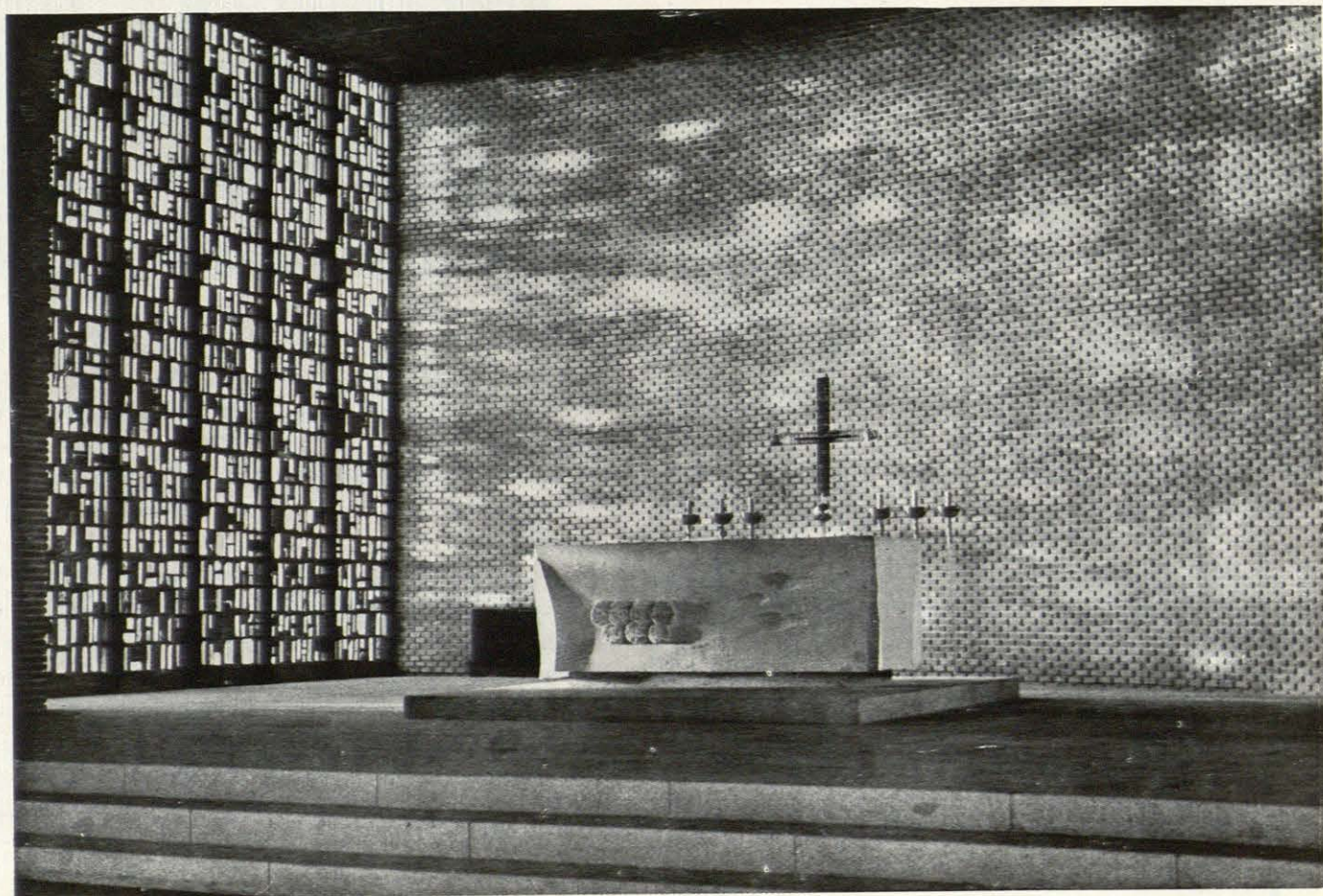
La disposición de la planta, la organización de la luz, las condiciones acústicas, la expresión plástica de los materiales, la exaltación de la dinámica y de los

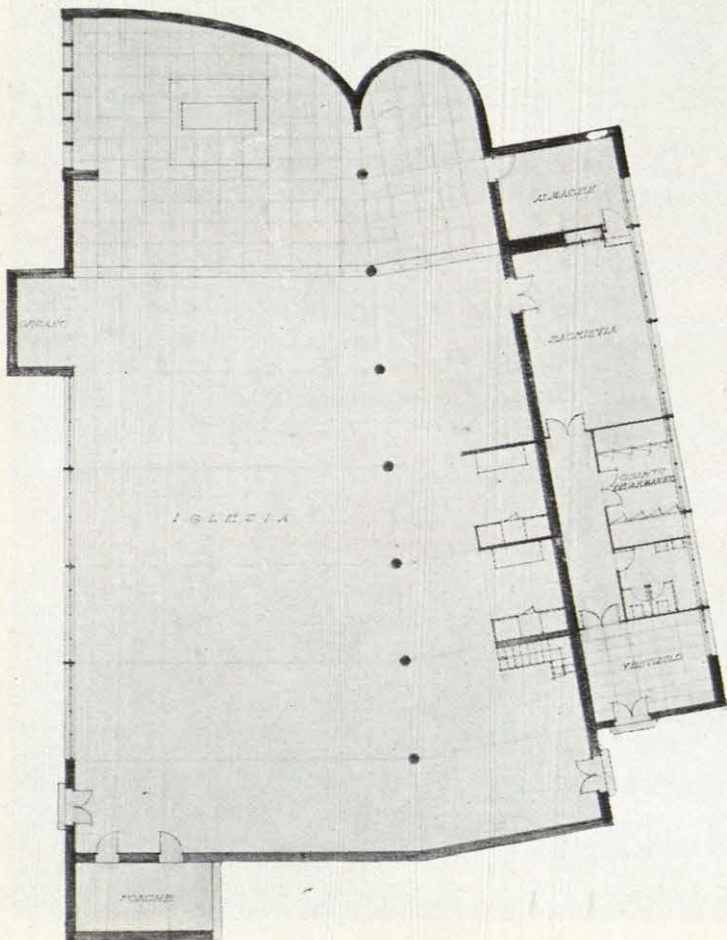
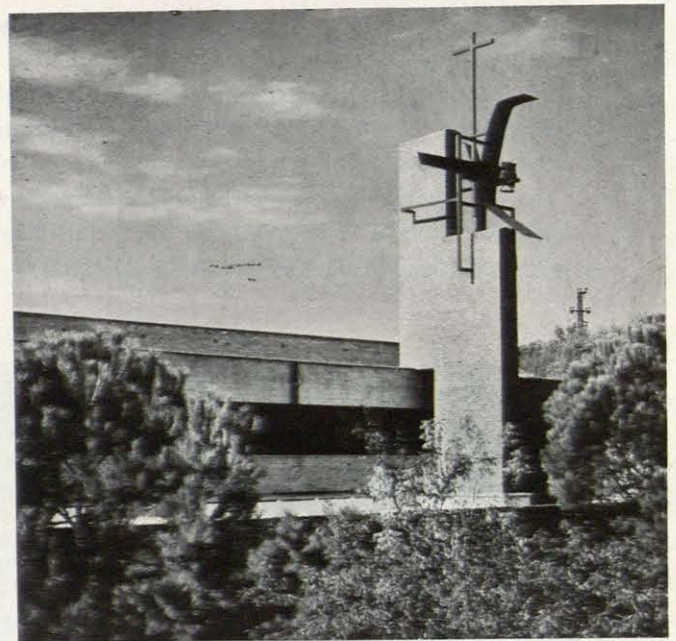
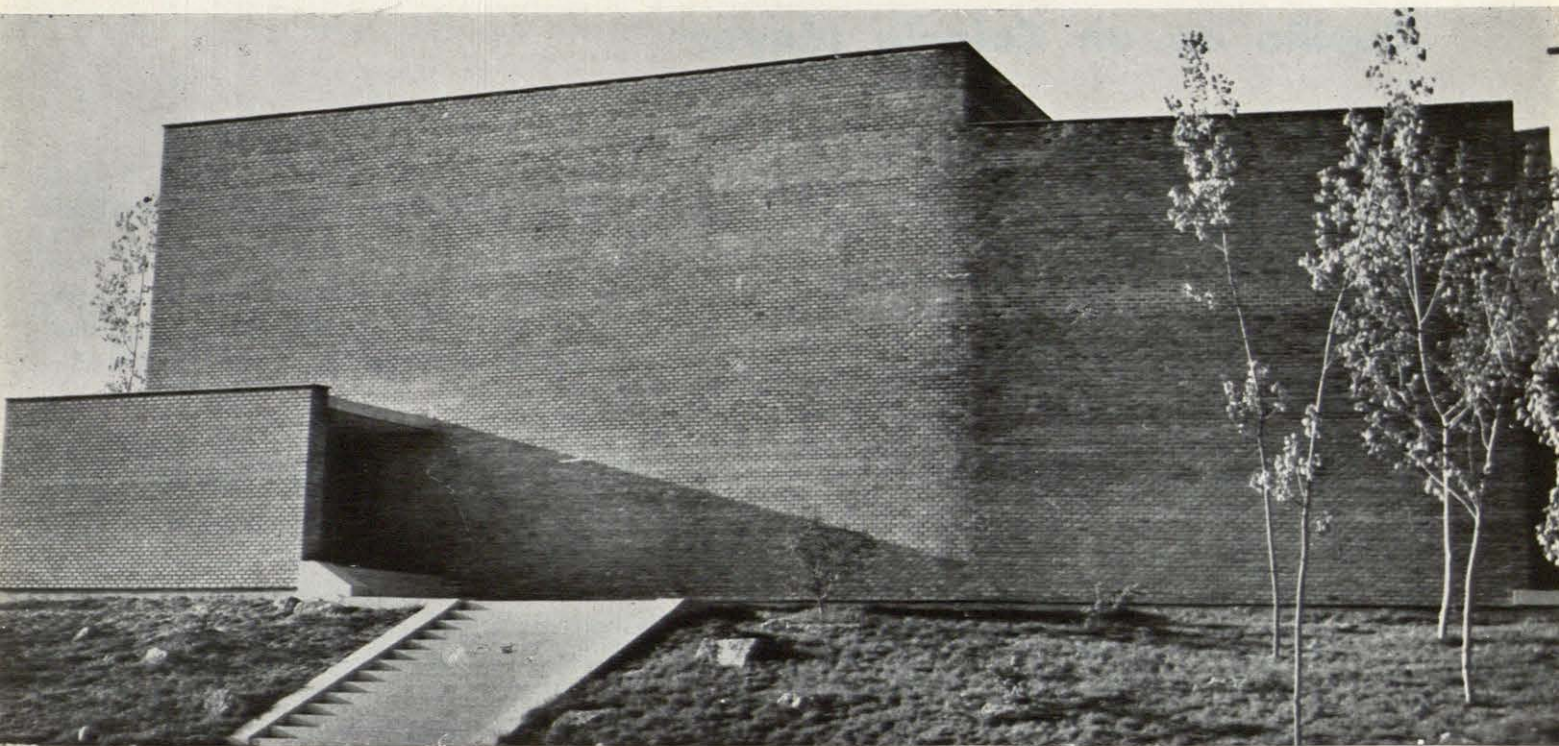
objetos sacros, proporcionan el ambiente para una liturgia ejemplar.

Era importante que los sacerdotes formados en este seminario practiquen las funciones del culto con una estricta economía de medios. Las concesiones vendrán después.

Si quiero decir que si éstas fueron las premisas, el resultado se debe enteramente a una labor de equipo.

Cuando se me habla ahora de una problemática integración de las artes, que yo procuré hace muchos años, creo que sólo es relativamente posible con una penetración de los individuos en la concepción y ejecución al estilo artesano de trabajo en taller comunitario. No hay pintura, no hay escultura, quizá no haya arquitectura, pero hay una obra total, un objetivo cumplido, un ambiente logrado. El espacio, la luz, los objetos, alcanzaron la categoría de su función, de su servicio el más alto. A ello ha contribuído la labor de todos. La del constructor López-García, la del aparejador Rafael Molina, la del pintor Carpe, la de los escultores José Luis Sánchez y Eduardo Carretero; como diseñador, Gómez Perales; hasta la tarea de los oficios y también hay que decirlo, el buen espíritu de los rectores de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana.





Casi una pobreza deliberada, la máxima sinceridad en el tratamiento de los materiales y en el empleo de la estructura descubierta, una jerarquización de los elementos con la ubicación y el valor que les corresponde, son las virtudes pretendidas en esta obra, como una moral exigente. Algo del espíritu con el que se ha de vivir.

El hormigón visto, el ladrillo visto, el hierro limpio, la piedra desnuda, el pino en blanco, el aglomerado de corcho al natural, el vidrio en bruto, la plata en su sitio. El altar es ara y el sagrario recibe la luz del cielo. El retablo es el juego de la luz en el paramento y el suelo de los fieles es terrazo. El campanil no se erige más que para llamar a los colegiales y un vuelo de hierro les llama a lo alto. El volumen no es monumental, sino casero. No hay fachada, sólo la proporción del muro.

